

X DORA ISELLA RUSSELL

X SONETOS DEL MAL TIEMPO Y OTROS POEMAS

SONETOS DEL MAL TIEMPO

SONETO DE SEPTIEMBRE

Dicen que es Primavera, y no me importa.
—Una ebriedad de cielo claro y bueno,
como si fuera en su delirio pleno
el sueño largo y la tristeza corta.

Dicen que es el Amor, y no me importa.
—A ratos, de relámpagos y trueno,
otras, inverosímil de sereno,
toda distancia su distancia acorta.

Estoy en medio de la luz del día;
me dicen que es la Vida, y no me importa:
no le conozco el rostro al mediodía.

Quiero la noche, siempre, la que aporta
sus vestiduras de melancolía.
Medicen que es la Muerte. Y no me importa.

JUEGO

Amor, ni me eres fiel, ni yo he de serlo.
Juega tu juego libremente, afina
la puntería de tu flecha, inclina
el corazón herido para verlo...

Por cada blanco errado, a devolverlo:
 dardo por dardo contaré, mezquina,
 para saber cuál de ellos te conmina
 a dar el corazón y retenerlo.

Y no me pidas más de lo que entrega
 tu reticente salto equilibrista.
 Cuando caiga la venda que te ciega,

cuento en hallarme tu pasión insista,
 descubrirás que en el amor se juega
 un ágil truco de malabarista.

LLAMAMIENTO

Está el amor enfrente. Está golpeando
 con mano de cristal, frágil y aleve,
 está pidiendo que alguien se lo lleve,
 al fin su cautiverio desatando.

Yo digo no. Acaso voy nombrando
 su nombre eterno con palabra breve,
 y duele el ala de la herida leve
 pues aunque digo no, lo estoy llamando.

Viene a mi boca el renovado agravio;
 cuando voy a decirlo, está delante
 del corazón lo que se calla el labio,

y enmudece mi voz, sueño adelante
 —¿quién dijo al sueño que el callar es sabio?—.
 No sabe de perdones el infante.

ANIVERSARIO

Termina el día que no trajo nada.
 Ni una seña en el aire que dijera
 de la memoria de un amor cualquiera,
 ni una mano en el tiempo levantada.

Algo aguardaba yo de esta jornada,
algo que nunca más se repitiera.
Quédame ahora sólo la frontera
del día exiguo que no trajo nada.

Día de otoño cándido y liviano,
con pena que no es pena, que es fatiga
por este corazón como un vilano

a todo viento dando su cantiga,
y un dolor sin dolor, que es tan lejano,
y una muerte sin muerte, casi amiga.

PIRUETA

Amor protagonista, compañero
de mis vigilias sin ningún sentido,
aire de trasnochado y mal vestido,
y de ti mismo el agrio carcelero:

perdona el verso juguetón y huero
—no te pido perdones si te he herido
pues sólo tengo lo que tú has traído—
mas no quiero decir lo que no quiero.

Y te disfrazo con mi luz secreta,
te vuelvo intrascendente y casi nada;
págame el drama sólo una pirueta,

moneda de oro con la efigie usada.
Y no reclamo más que la obsoleta
palidez de una luna almidonada.

L I B R O

Amor es como un libro: en la portada
rótulo en letras de oro, que vocea
un nombre que no dice a quien lo lea
nada de esa pasión encuadrada.

Muchas hojas en blanco, mucha nada;
 de lomo adentro, todo lo que sea
 una tristeza dulcemente fea
 Está el amor enfrente. Está golpeando
 y un silencio de página cerrada.

Quiere hallar el amor algo que asombe,
 raro infolio de autor desconocido;
 sin pensar que el autor no es más que un hombre
 cambia de autor mas con igual sentido:
 un índice que tiene sólo un nombre,
 y un ex-libris al fin que reza: olvido.

AMOR PEQUEÑO

Vaso a medio colmar, amor pequeño,
 trasiego de la noche, vino oscuro:
 de un sorbo triste su tristeza apuro,
 de su falsa embriaguez al fin me adueño.

Un solo mal. Un solo llanto. Un dueño
 de aquel jazmín impersonal y puro.
 Ni llanto ni jazmín FUNDADA EN 1651
 ni mal auguro,
 tragicomedia del amor risueño.

Si doy en preguntar —no sé cómo era—
 nadie me da razón del acertijo.
 Me halló de frente y se cambió de acera,
 inútilmente, que yo nada exijo.
 Y oculto en mi bolsillo una quimera
 y un capital de sueño a plazo fijo.

C R E E N C I A

¿De qué recuerdo he de valerme cuando
 al fin mi juventud sea un recuerdo?
 Sé que no ha de volver lo que ahora pierdo,
 ni me darán lo que ahora estoy buscando.

Este es mi hoy, más vivo regresando,
y estoy en el perpetuo desacuerdo
del loco corazón y el amor cuerdo,
echados al camino que desando.

Los cuatro rumbos a mi sangre pido:
sur del deseo, norte de la pena,
este del llanto, oeste del olvido;

por talismán, un trozo de cadena,
por patria el cautiverio preferido.
Y acaso creerme que la vida es buena.

E P I S O D I O

Cambio el amor por una baratija,
hago un guiño a la luna, digo nunca,
y le perdonó la cornada trunca,
y no me importa más su luz prolíja.

No quiero nada, nunca más, que aflija,
ni una pasión que se me quede trunca.
Torno a decir que nunca, nunca, nunca,
y no vuelvo a entredabrir ni una rendija.

Porque mi herida es toda mi victoria,
porque no guardo ni ternura ni odio,
porque llevé tu nombre en la memoria,

y hoy que te olvido hasta un adiós salmodio.
Porque es la vida verdadera historia,
y el amor nada más que un episodio.

PALABRA INUTIL

¿A qué distancia del amor me muevo,
si me invade de nuevo esta ternura
que la enconada lágrima inaugura
en otro llanto que entre el pecho llevo?

Amor, ¿por qué te vivo y sobrellevo,
torva pasión con la pasión más pura,
blanda caricia bajo mano dura,
y el sí y el no donde la sed renuevo?

Mírame descubriendo otra mirada,
buscando en la palabra repetida
una oculta palabra inusitada:

ruego, esperanza, adiós, sueño o herida.
Esas palabras que no dicen nada,
esas palabras que ya son mi vida.

A Y E R

Digo **te quise**, nunca más **te quiero**;
hoy eres el ayer que ya no importa,
que amor eterno es la pasión más corta,
y el olvido su nombre verdadero.

Vida de cada día, mentidero
de bien y mal donde la sangre acorta
el largo de ala y la memoria absorta,
beso fugaz y encono duradero.

Estoy pensando en ti. En la dulzura
suave de otoño que me diste un día,
único cielo y única ventura,

y en seguida el adiós y la elegía,
y acaso el nunca más de la ternura.
Mas esa hora sigue siendo mía.

R E C U E R D O

Si no era el amor, se parecía.
Traía gesto ausente, paso leve,
una rosa de agosto nueva y breve
y el vaticinio de la alegoría.

Si era el amor, no era de alegría.
Algo como ha de ser besar la nieve,
algo como un abrazo cuando llueve,
como un hermano de melancolía.

Amor, ¿fuiste o no fuiste en mi destino,
viniste a mí o no viniste, acaso?
Todo, ¿qué fue? Naufragios del camino,
dicha fugaz, llanto de otoño, ocaso,
. . . todo bebí como se bebe un vino,
todo cabía dentro de mi vaso.

D A D I V A

Tendré, si vuelves, para darte, acaso
ese jirón de cielo; me parece
que sí, te lo daré: me pertenece;
también —que es mío— te daré mi abrazo;
un verso exiguo que hable de fracaso,
del drama repetido en que perece
siempre el amor eterno; y si no crece,
el menguante con cara de payaso;

aquel mar con su noche, sí. Y alguna
de todas estas cosas que enumero
como jugando, como si en ninguna
arriésgase mi bien perecedero,
te dirán que era toda mi fortuna
un puñado de polvo verdadero.

SONETO PARA TU SUEÑO

En tu mano mi mano: así te digo
con qué nombre bautizo mi quimera.
¡Qué importa que no sea verdadera
si la verdad es caminar contigo!

Porque el amor es soledad, castigo,
remordimiento de la primavera,
llanto cautivo y dominada fiera,
llevo la pena del amor conmigo.

De todo bien y todo mal le acuso,
por todo mal y todo bien le quiero.
De acierto y desacierto igual le excuso,

y el daño triste del amor prefiero.
Róbate un beso de mi tiempo iluso
para alumbrar tu sueño, pasajero.

SONETO PARA TU TERNURA

Vivo detrás de su ternura, quiero
agamuzar el aire que atraviesa,
y ser la eternidad en donde empieza
a existir en mi tiempo verdadero.

Conmigo irá por sueño y por sendero
—¿existió alguna vez otra promesa
que ésta, la suya, de sonrisailesa?—
hasta la hora del final lindero.

No lo tengo, y es mío. Pero ampara
dentro del corazón como un escudo
el hombre suave que hasta mí llegara

—nunca en hora mejor llegarme pudo—.
Mas si mi amor le pesa, siempre hallara
fácil de atar y desatar el nudo.

OTROS POEMAS

SALMO DE AMOR Y SUEÑO

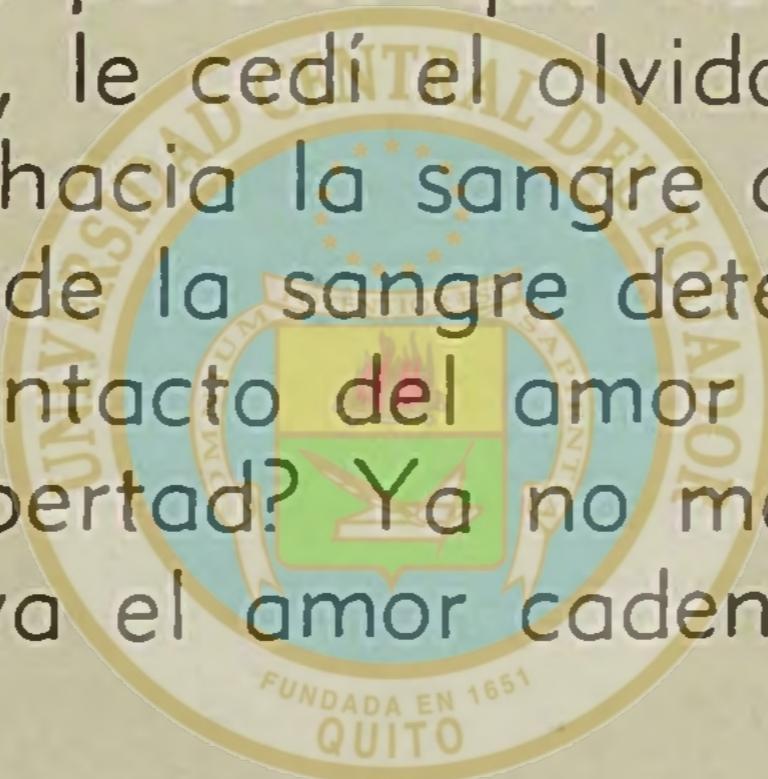
Más allá de este rostro pasajero
ha de quedar mi canto enamorado,
canto que acaso guarde algún viajero

como un himno de amor en el costado;
y así seré el juglar de algún sendero
en otro corazón resucitado.

Mirando en otros ojos el paisaje,
al fin seré en mi voz, razón del viaje.

Hoy sólo sé que digo **todavía**,
hoy sólo sé mi torre y mi albedrío.
Mínima criatura, no sabía
la meridiana flama del estío,
ni el dorado racimo de alegría
maduro en luz para ser siempre mío.
Y ahora a mis pies es una leona echada
mi tremenda pasión domesticada.

Perdí la libertad que no he tenido,
conquisté el paraíso que no hube;
fácil presa, le cedi el olvido,
difícil paz, hacia la sangre anduve,
y en mitad de la sangre detenido
el nombre intacto del amor sostuve.
¿Perdí la libertad? Ya no me importa:
siempre lleva el amor cadena corta.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Domo del pecho, carne victoriosa,
apretada luxuria de mi cielo;
encendida lucerna milagrosa
alerta cuando duermo y cuando velo:
rosal de eternidad da eterna rosa
y allí sosiega el pájaro su vuelo.
Ansia mortal, rescata su ceniza
la quimera inmortal de la sonrisa.

Empina el sueño riendas de aventura
y lanza su corcel a la carrera.
De pie en el canto —soledad madura—
el auriga celeste descubriera
que en el amor tan sólo se perdura
en la entrega total y verdadera.
Y él me doblega su ademán seguro,
obstinado, dichoso, vivo, oscuro.

Vara del árbol jubilosa y tierna,
 brizna del tiempo en lumbre incorporada:
 la linfa inmemorial de la cisterna
 le presta su frescura alucinada
 —que al fin no sé si es ella o yo la eterna
 criatura sin mal ni encrucijada—.
 Y hundo en su cuerpo leve el labio ardiente
 buscando el agua de la misma fuente.

Niño de amor: yo supe dónde estaba.
 En mi hueso, en mi luz, en la violenta
 sangre que con su oleaje me golpeaba
 esta orilla carnal ardua y sedienta,
 el ángel en mi espejo señoreaba
 su voluntad maravillada y lenta.
 Despacio anduvo y vino con premura
 dándome libertades y clausura.

Niño de amor: acaso te me fuiste
 al rostro adusto que me salva el cielo,
 recostado en el pecho donde hiciste
 tu primera guarida, puma en celo.
 Si te pude perder, igual viniste
 por el camino de mi inconsuelo.
 Y estás en mí más empinado y fuerte
 que tiempo y llanto y fiebre y vida y muerte.

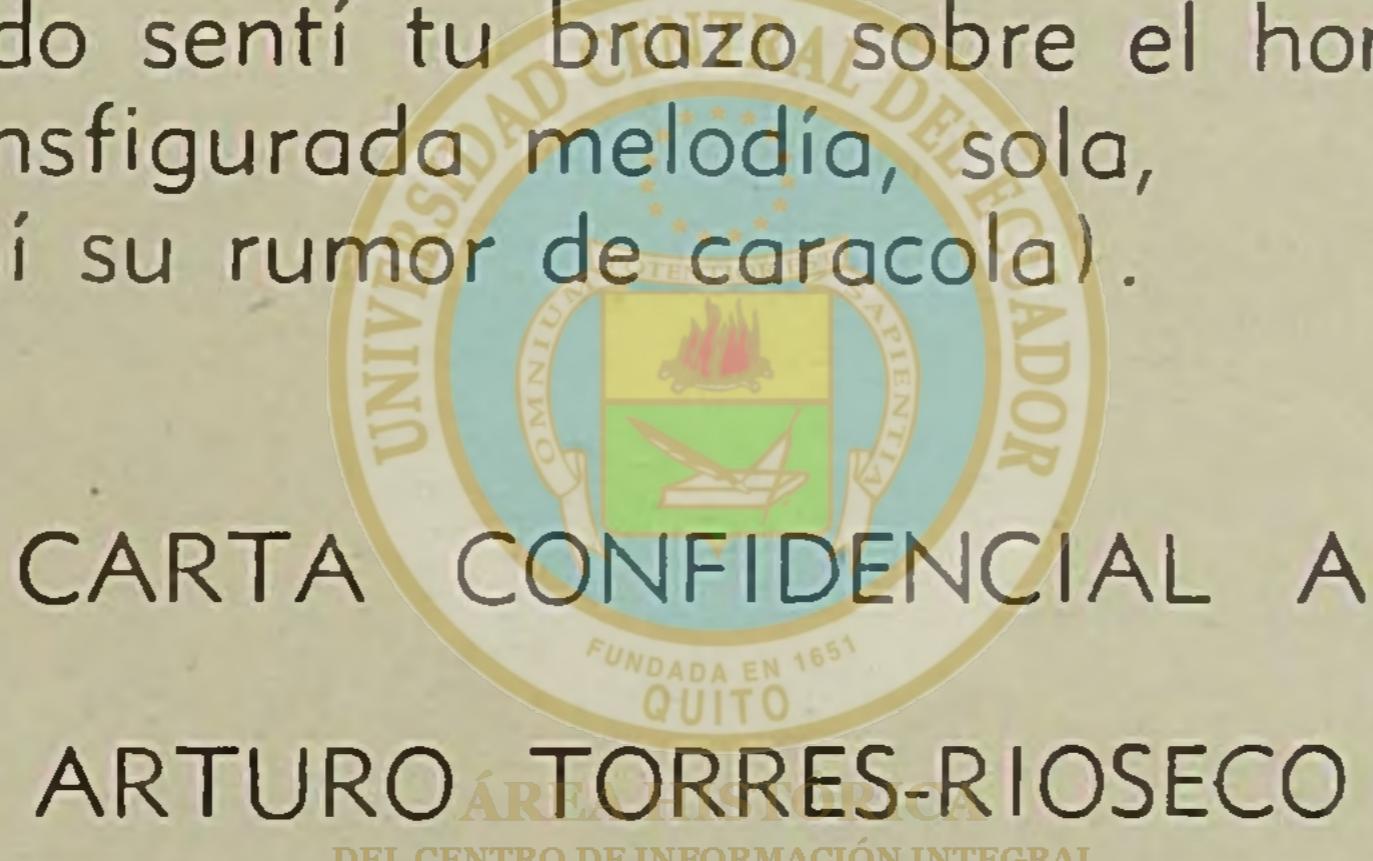
... Niño de amor, de rostro vuelto al huerto
 en vigilancia de la nueva rama:
 te ampare Dios el corazón despierto,
 el corazón que solamente ama,
 y a mí me des tu resplandor abierto,
 tu prodigiosa plenitud de llama,
 y la mirada sin enigmas, recta,
 de mi celeste soledad perfecta!

Tierra interior, perdida transparencia,
 suelo que quise, predio que fue mío,
 perfil del aire, vertical ausencia:
 mi patria tuve, con lucero y río,
 incendio y flor, colinas de inocencia,
 y un mar con un juguete de navío.

A ratos sed y hambre, nunca hartura,
mas siempre renaciendo en la ternura.

¡Mástil de profecías! ¿En qué hora
alcé de mí la fuerza del torrente,
saldo de juventud que se desdora
al roce de los días? El presente
es el viajero que jamás demora,
atroz, inexorable, indiferente.
Hoy es mañana. Que el ayer perdido
no vuelve ya, volcado hacia el olvido.

Niño de mi delirio, niño antiguo:
yo iba entre la muerte y el asombro
—deseo urgente, ambicionar exiguo,
y apenas la nostolgia con que nombro
el paso breve y el temblor ambiguo—
cuando sentí tu brazo sobre el hombro.
(Transfigurada melodía, sola,
recogí su rumor de caracola).



Torres-Rioseco, noble amigo, un cielo
que tú conoces mas que no es el tuyo,
me da la dimensión de mi desvelo,
de todo cuanto en mí busco y rehuyo,
y de cada imposible y cada anhelo,
de todo eso que ignoro y lo que intuyo,
el contraluz de bien y mal en donde
la sangre joven su pleamar esconde.

Fui adolescente sin saber qué era
tener el universo entre la mano,
y al universo convertí en quimera,
y preferí el otoño y no el verano;
y anduve así, ya triste y verdadera,
en fuego y sombra, dialogando en vano

con el murmulio de la oculta fuente
que me golpea el hueso de la frente.

Amigo mío, desencuentros hube
desde la iniciación de la sonrisa.
Fui espectadora, y aun a ratos tuve
un papel protagónico en la brisa,
mas, tal la brisa, yo jamás retuve
el beso breve que marchó de prisa.
Siempre el mismo reloj marcó a deshora
el mismo ensueño con distinta hora.

De tal modo sumisa y agresiva,
de tal modo dulcísima y violenta
—contradictoria la muchacha esquiva
que la aventura renovada intenta,
porque sabe que sufre y está viva
y en su dolor la herida se alimenta—,
volví siempre los ojos hacia adentro,
y allí razón de vida y muerte encuentro.

Allí el tumulto de la ola, el arco
del brazo que señala los luceros,
allí la proa intemporal del barco,
y todos mis fantasmas marineros,
allí el navío donde no me embarco,
allí los nombres de mis pasajeros...
Allí el cándido símbolo del viaje,
nave y poema sobre el mismo oleaje.

Historia, amigo mío, sin historia:
itinerario de una pena, acaso,
que llevo desde siempre en la memoria,
con la melancolía de un fracaso,
siguiendo la obstinada trayectoria
que va del corazón hasta el ocaso.
Melancolía cuando cae la tarde.
Melancolía que me dice: es tarde.

Estoy hundida al fin en la corriente
del río eterno. Mi talismán de agua
roza la sien antigua e inocente
donde el recuerdo sus enigmas fragua,

y acaso torno a ser la adolescente
enamorada del amor del agua.
Soy la piedra en la orilla, detenida;
el río corre y permanezco herida.

Porque ignoré la gracia de ir sonriendo,
fui hasta el abismo y me volví. Detuve
mi paso al borde del temor, huyendo
de la caída. Por mi mal, sostuve
alas de arcángel sobre el pecho ardiendo,
y allí donde hubo algún sollozo, estuve.
Hoy te lo digo como sé: en un canto
sencillo y verdadero como el llanto.

A ti, Torres-Rioseco, te adelanto
este recuento, un tramo de mi vida,
mi deambular por entre sueño y canto,
y mis regresos con la nueva herida,
culpándome de amor por tanto y tanto,
quieta en la rada, nave sin partida,
igual que la pasión sin el deseo,
fuego sin llama y mar sin Odiseo.

¿Qué más puedo decirte? Te confío
que al fin estoy amando el cotidiano
tropiezo donde muere mi albedrío
y, como Solveig, mi aguardar en vano,
pero sabiendo que no hay nada mío.
Guarda el secreto, amigo tan lejano
y tan aproximado a mi tristeza:
yo sé que en mí, la Soledad empieza.

EL RECUERDO

Amor del otro lado de las cosas,
amor que pudo ser sobre la tierra
de nuevo el paraíso, la memoria
de una rosa perdida que regresa.

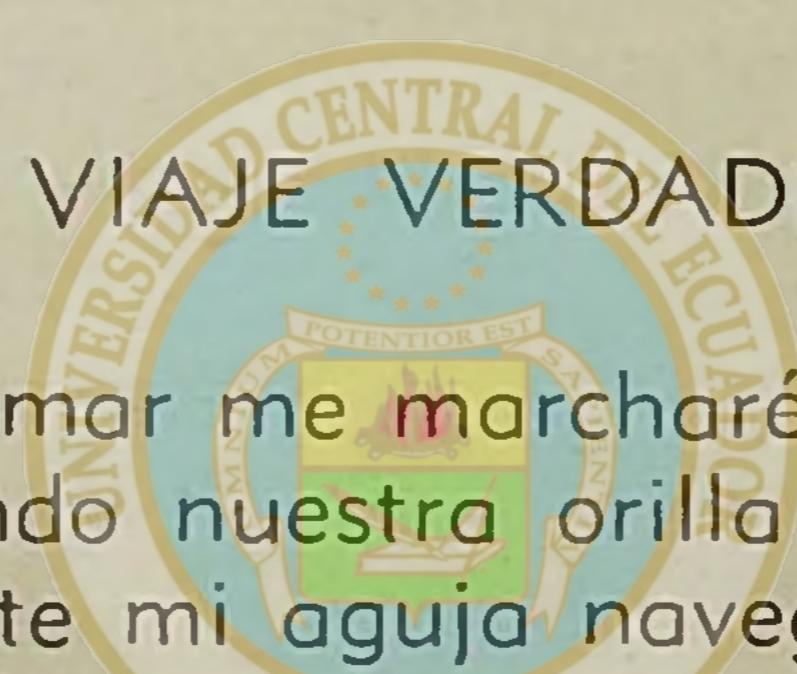
Estás detrás del aire: si yo muevo
la mano puedo acariciar tu rostro,

y viene a mí alucinado y tierno
un cielo que desciende por mi hombro.

¡Cifra cerrada de mi solo sueño,
definitiva lumbre enamorada
que incendia el bosque de la antigua sangre:
alondra matinal que dice "es tarde",
sediento ocaso que susurra "aguarda",
agua clara de Dios que serpentea
con su frescor selvático en la carne!
Relampaguea en mi pasión tu beso
mientras la lluvia azota los tejados,
y es verano,

y pienso que estás lejos
bajo mi lenta noche americana.

EL VIAJE VERDADERO



Sobre este mar me marcharé a buscarte.
Iré costeando nuestra orilla atlántica,
dirá el norte mi aguja navegante,
me cruzaré con otros argonautas
y les preguntaré: —¿Quién vive, amigos?
Entre el mar y el amor, ¿a qué distancia
debo arrojar, cuando al fin llegue, el ancla?
Y sin oírles, seguirá su andanza
bajo la Cruz del Sur mi sueño intacto.

Para breve esperanza, viaje largo.
Una sirena, en la mitad, me canta.
No es la noche ni el alba todavía.
Y yo la escucho sin oír, y el agua
en torno de la proa arremolina
la espuma joven de la antigua gracia.
Singla la nave en rutas de acechanza,
y la criatura del peligro pulsa
el arpa delirante del naufragio.

Sé que me salva un coro de hipocampos,
una guardia callada de delfines,
fieles bestias del mar, agradecidas,
que buscan ramos de algas y corales,

despiertan caracolas rumorosas,
forman diademas con estrellas ciegas,
¡mi cónclave de leales submarinos,
para flanquear el paso a la muchacha
que siempre halló en su oleaje, el compañero
de la tremenda sombra y de la herida!

El mascarón de proa me señala
con el índice en alto, los luceros.
Está el amor temblando entre las jarcias,
y todo el barco suena en los cordajes
con invisibles músicas marinas,
embanderado con un solo nombre,
un solo nombre que es, Amor, el tuyo...

A apoyado mi rostro sobre el viento,
la rosa sideral marca la tierra.
Estoy de pie en la nueva geografía,
toca mi sangre iluminado puerto.
Sólo puedo decirte: —Esta es mi vida.
Este, mi corazón. Te los entrego.

Si dices no, la nave fatigada
hacia la Muerte emprenderá el regreso.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CANTO AL AMOR

Canto el amor, su oscura maravilla,
el cuerpo dócil de la gracia, el duro,
despiadado ademán de la vigilia,
y la ternura de la diaria entrega
al insaciable oficio de la carne.

Amor de desatadas fronterías,
llama de pie, arrebolada hazaña:
instaura en la verdad su geometría
de isla remota —abrazo hospitalario—
y una paloma sin pasado vuelve
a besarme los labios de la herida.

Tacto de los delirios, claro río,
pánico del incendio donde empina

el dios secreto aljaba involuntaria:
canto el amor perenne, alucinado,
su dardo de oro, el escondido fuego
que mueve las mareas de la sangre.

Canto el amor y su inmortal navío,
su arboladura de éxtasis y miedos,
el amor sin naufragio y sin orillas,
de tritón y sirenas compañero.

Vertical de mi sueño, sueño vivo,
bosque del beso y la razón del bosque:
la dríada salvaje en la espesura
inicia en rebelión y desafío
la libertad de sonreir desnuda.

Relámpago y torrente, en la morada
tibia del pecho donde se recuesta
la sagrada cabeza; hilo de agua
dando a la sed exigua sorbo eterno.
Canto el amor incorporado en ascuas
y curvo como el cielo en la caricia.

Amor, amor, amor, amor, te entrego
de cuanto soy, la intacta primavera;
de cuanto tengo, el incendiado y nuevo
delirio que en la sien relampaguea.

Cubre mi luz la orla del misterio,
y el mar sellado de la doble herida
para doblarse al cuerpo del deseo
rompe su clausurada geometría.
Amor, amor, amor, mi dios antiguo,
mi despiadado dios adolescente:
¡qué ademán de tu cólera me trajo
la desmedida lumbre, jazmín breve
de prisa ardiente y pétalo mordido,
ya nada más que aroma del recuerdo
su extinguida blancura!

Amor, la rosa de los vientos dice
el signo de tu abrazo. Cuatro puntos
clavan en lejanías tu bandera.

Alzas tu tienda en la mitad del tiempo,
y los maduros frutos se te ofrecen.
Amor custodio, el del grillete tierno,
amor de sumisión y de mandato,
ángel de esclavizada tiranía:
su aliento vivo marcha a mi costado,
infatigable marcha a mi costado
el lebrel de la Vida!

•
TELLUS ECUATORIANA



Para Jorge Carrera Andrade.

Esa cosa infinita, de pánicos alientos,
la ebriedad de los bosques, las savias, las resinas,
los vedados jardines de las algas marinas,
la frotación de ramas en los húmedos vientos;

los valles resonantes bajo rayos violentos,
las selvas enceladas, las cópulas felinas,
las eróticas lianas entre flores y espinas,
el jaguar estival de mudos crispamientos;

las eléctricas brisas de alas, las palomas
saeteantes de ansia sobre las rubias lomas,
la orilla de los ríos donde el agua es bebida

por desnudas raíces, por aves y serpientes,
todo el flujo inmortal me arrastra en sus corrientes
cual si ser una vida fuera toda la Vida.

CREAR COMO LA TIERRA

Para Isaac J. Barrera.

¿Y si entrara a las selvas embriagado de vida
y abrazase los árboles, y en radiantes furores
me frotara las manos con lianas y con flores?
¿Y, sagrado de instinto, a la rama adherida

mi sed, ebrio bebiese la savia, y sensitiva
el ansia, retornara a los rojos amores,
y cerrara en la herida los ácidos rencores,
y volviese a la sangre la tempestad perdida?

¿Y fuera como el sol, como el mar, cual los vientos,
ola en la ola, y huracán en los huracanes,
río en el río, fuego en el fuego, llama en guerra

en donde juntos danzan júbilos y tormentos?
¿Y encendiese el abismo del ser y sus afanes
pánicos, y crease como crea la Tierra?

AL TOMEBAWBA, DESBORDADO

Para Agustín Cueva Tamariz.

Iba... Y yo era en el río, era en el agua loca,
era entre los oleajes y en la racha valiente,
río y hombre bajábamos la montaña caliente
del trópico, y hendíamos la volcánica roca.

¡Tomebamba...! Aún mi piel estremecida toca,
en memorias profundas, tu piedra y tu corriente,
aún tu espuma blanquea, casi en sueños, mi frente,
aún bebe tu delirio el ansia de mi boca.

Aún te siento caer del Ande, aún tus corceles líquidos, se desbandan en la selva, y sus crines al sol, serpean llamas entre los verdes troncos.

Aún lanzas a la Tierra cazadores lebreles de plata, y te rodea un viento de clarines que brillan todo el canto sobre tus pechos roncos.

EL INDIO NO DOMADO

Para **Enrique Garcés.**

Allá, en un hondo río del Ecuador, un día, bronce y fuego tenaz, remando en su piragua, iba un indio, en el pecho un espasmo de fragua, y en los cimbreantes brazos una roja alegría.

Moviente llamarada de su sangre fluía mientras tu nave rústica quebraba brisa y agua. A lo lejos un verde de palmera y de tagua, y sobre el bosque pánico la tarde en agonía.

Cazador de las selvas, remero de los ríos, indio de soledades inmensas, libre, solo, allá, en las tierras anchas que van al Amazonas...

Ante la rebeldía de tu llama y tus bríos, las mil ciudades tristes de mi dolor te inmolo, oh, fecundo de instintos que jamás aprisionas!

EL INDIO DE LOS DESPOJOS

Para **Rodrigo Pachano.**

Indio, yo te seguí por las calles de Ambato, seguí tu pie de tierra, tu heroico pie desnudo, y seguí tu silencio y tu destino mudo, y el ritmo de tus hombros bajo el peso del hato.

Tal vez un huracán crujía en tu recato,
freno del sufrimiento y el sacrificio rudo,
dolor de cuatro siglos que extinguirte no pudo,
doma y desgarramiento del íntimo arrebato.

Comprendí tu tensión y el temblor de tu hazaña.
Dejaste la ciudad, subiste la montaña
cuando sangra el crepúsculo en los neveros rojos.

Tú también, como el monte, sangraba de tu herida.
Todos te despojaron, y te quedó la vida
de la muerte, y el dulce suplicio de tus ojos.

LA INDIA MADRE



Para Jorge Icaza.

India que vas a ser la madre, en el sagrado bosque, cerca del río, en las nocturnas horas. Ni por el miedo tiemblas, ni en los dolores lloras, ya tu fruto asomándose al aire reposado.

¡Nació...! ¡Lo tienes...! Intima, lo acuestas a tu lado y en un sueño divino sueñas grandes auroras, las mañanas de pájaros, las tardes cazadoras, el arco de tu hijo, el rendido venado.

¡Flor de tu sangre pura en la tierra florida!
Diste tu propia sangre para crear la vida,
y con la sangre fértil la noche oscura sellas.

Los árboles te cantan, te adora la corriente,
duermes en el dios cósmico que te besa la frente,
y entre las ramas húmedas te miran las estrellas!

A LA CIUDAD DE CUENCA

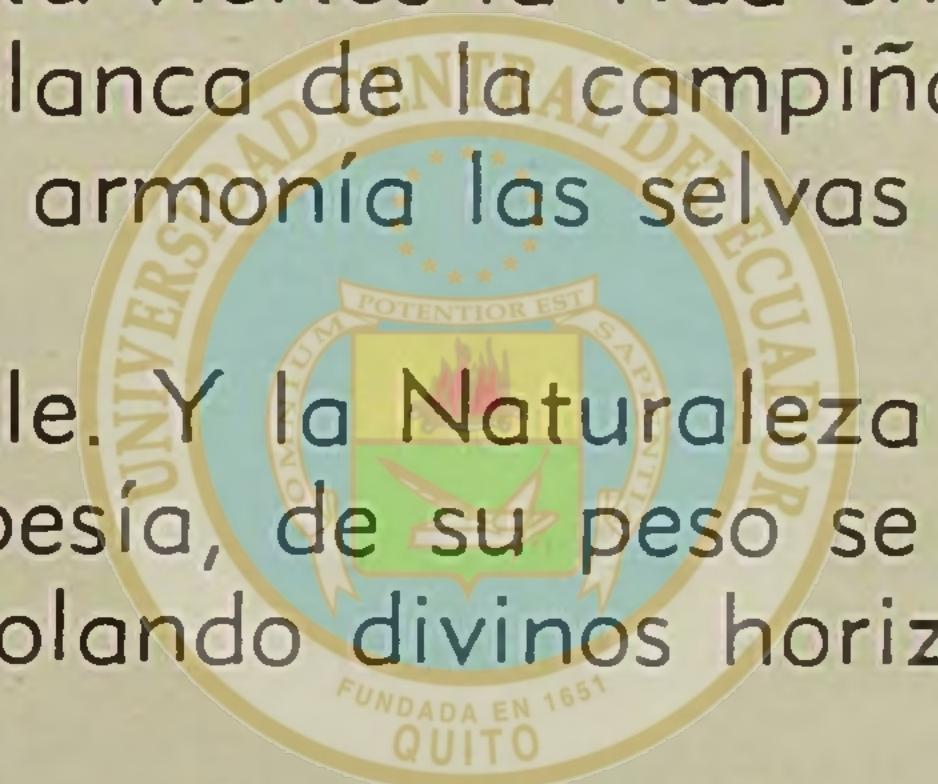
Para **César Andrade y Cordero.**

Cuenca de mis recuerdos, entre montes, combada
en curva femenina y en voluptuosa hondura,
Cuenca del día mágico de paz y de dulzura,
en éxtasis y en sueños, ciudad maravillada.

Vienen ríos por verte en su luz reflejada,
vienen del Ande trágico, amor los apresura,
y vienen aves rítmicas a tu diáfana altura,
y de las cumbres recias, la racha apasionada.

Más que vivir, tú viertes la vida en la belleza.
Eres la novia blanca de la campiña verde.
Te abrazan de armonía las selvas y los montes.

Alucinas el valle. Y la Naturaleza
por subir tu poesía, de su peso se pierde,
cual si fuera volando divinos horizontes.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
EL CHIMBORAZO

Para **Leopoldo Benítez Vinueza.**

Quiero decir tu signo cuando en amor te abrazo,
del Ecuador andino la cumbre de las cumbres,
cacique geológico de torvas reciedumbres,
cumbre para las cumbres, violento Chimborazo.

A veces, al crepúsculo, sangras como un hachazo
en la llama del Sol, o hiendes los vislumbres
del cielo, entre las noches de astrales muchedumbres,
o sientes de la aurora el dorado aletazo.

Héroe mítico, cima heroica, radiante grada
donde trepó Bolívar, mil rayos en su espada,
y un pensamiento rojo en la frente cimera.

En tí fue su delirio, su vuelo sobrehumano,
ebrio bajo los cóndores del Ande americano,
en tí, Monte profético del sueño y la quimera!

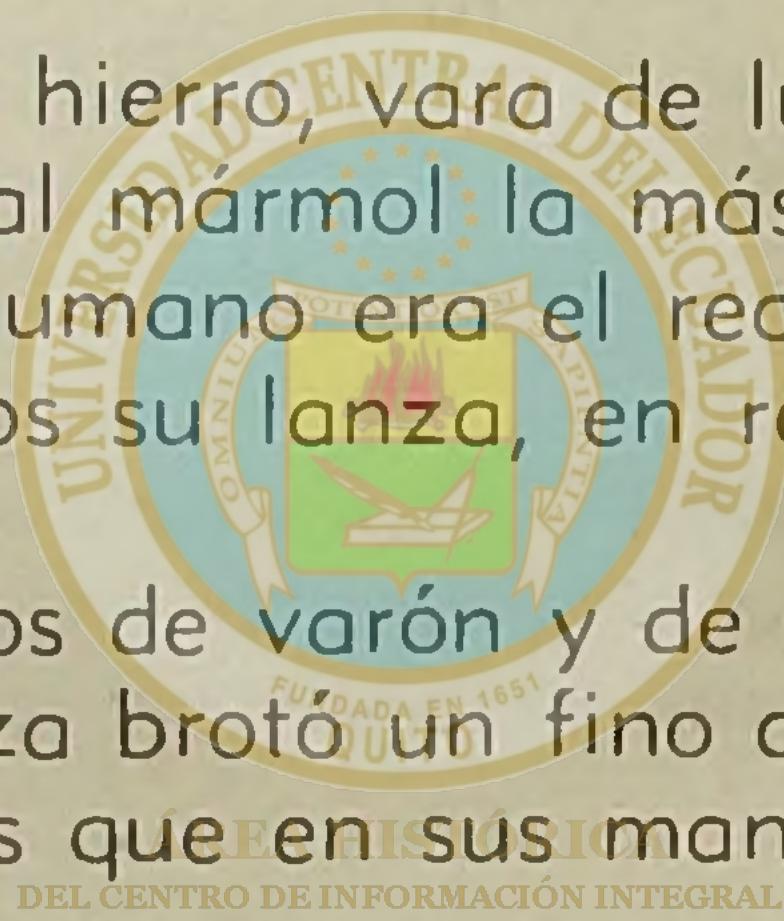
JUAN MONTALVO

Para **Gonzalo Zaldumbide.**

Fue en la montuosa Ambato, y él fue el más bello brote
del caballero errante, del hidalgo idealista,
y a la vez que el andante caballero, el artista
hermano de Miguel y hermano del Quijote.

Pluma de oro y de hierro, vara de luz y azote,
daba al bronce y al mármol la más tallada arista,
o en el combate humano era el recio agonista,
y alanceaba tiranos su lanza, en recio bote.

Fue libre por estilos de varón y de orgullo.
Para cada grandeza brotó un fino capullo
o deshojó las rosas que en sus manos crecía.



DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Trepó las ciencias todas con heroico arrebato,
y cuando por las noches sueña, dormida, Ambato,
su alma es el Clavileño que vuela todavía.

LA LLUVIA SOBRE LAS MONTAÑAS

Para **Carlos Cevallos M.**

Enormes, redondeadas, de abismales negruras,
levantan el oeste las nubes tropicales.
En eléctricos tajos relámpagos fatales
hachan los senos lóbregos y azoran las alturas.

Debajo el Ande ríspido. Pétreas arquitecturas
de colores salvajes y cuerpos colosales,

montes de la soberbia, roquedos inmortales,
geometrías titánicas, geológicas fracturas.

¡El agua, el agua, el agua! Por los rayos crispadas
y heridas en su sombra, ebrias y desbordadas
se derraman las nubes por cimas y laderas.

Los volcanes sedientos beben hasta la entraña,
mil torrentes en fuga nervian cada montaña,
y el galope del trueno rechina en las neveras.

EL BEBEDOR DE LA NOCHE ANDINA

Para Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez.

Sufro el vicio nocturno de beber en el vaso
de la noche sombría los mágicos licores.
Bebedor de la noche, olvido los amores,
olvido las heridas, y olvido mi fracaso.

Detengo en las tinieblas el lastimado paso,
cubro de puras nieves las efímeras flores,
hielo en la sangre pánica los lúbricos ardores,
y bebo el vaso eterno y en su llama me abrasi.

Arden las sombras dentro del ánfora inefable
con un fuego visible sólo al pecho vidente
y bebo el mismo abismo que sólo yo contemplo.

Todo es luz en el cuerpo de la noche insondable.
Bebo esa luz arcana, bebo infinitamente,
hasta que el bebedor es la verdad del templo.

MUERTE EN LA SELVA

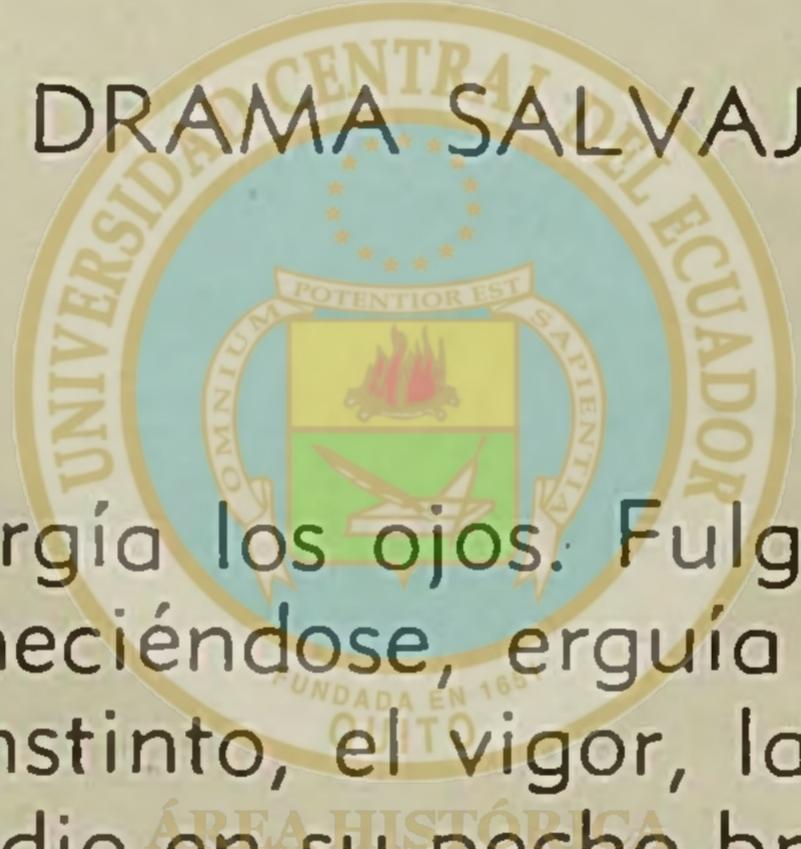
Muralla de la selva, crispado laberinto
de troncos y de sombras, de lianas y ramajes,
interminable boca de deseos salvajes
que sorbes de la tierra la savia y el instinto.

Te quisiera en la muerte... Que fueses el recinto vital, la urna inmensa que oyera los mensajes del polvo de mis huesos, y en tus verdes cordajes me dieras a la música desde mi fuego extinto.

De no ser hombre, oh selva!, ser tu drama y tu canto, subir por tus raíces con un sagrado espanto, vibrar en savia y polen, amar con tus corolas,

beber las ebrias lluvias, crecer tus primaveras, sombrear el paso elástico y rojo de tus fieras, y bajo el huracán estirarme en tus olas.

EL DRAMA SALVAJE



Era el jaguar. Urgía los ojos. Fulguraba.
El cuello, estremeciéndose, erguía la cabeza.
En la zarpa el instinto, el vigor, la destreza,
y bravío el incendio en su pecho bramaba.

Era en la selva innúmera. La vida se crispaba en delirante rapto de horror y de fiereza.
Tremendo de silencio, de espasmo y de belleza, ante el jaguar, el indio, crujiendo, se encorvaba.

Choque mudo y salvaje. Lucha de dos abismos. Hombre y bestia se hundieron en sus impulsos mismos como para subirlos después, en ebrio empuje.

Salta la fiera. La vigila el indio. Vuela y brilla el dardo. Se enrojece la piel de maravilla, y se mezcla a la muerte una sangre que ruge!

LA SED VITAL

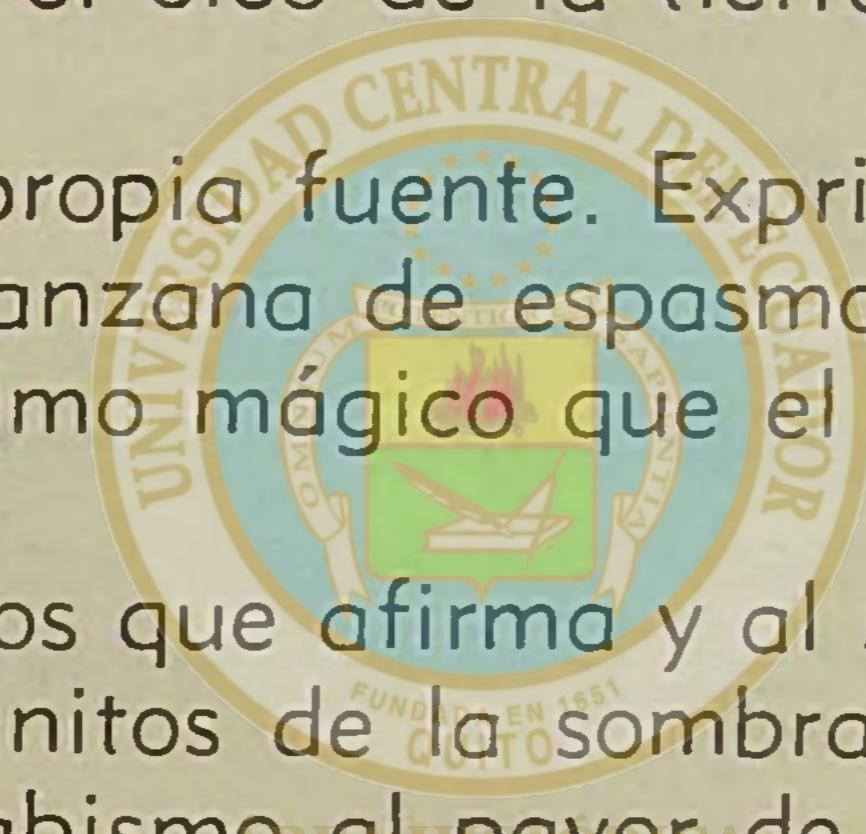
Para Benjamín Carrión.

Bebe en sangre la vida, en la sangre implacable,
bebe en savia la selva, bebe en la selva pánica,
bebe los ebrios vientos en la racha huracánica,
bebe el néctar nocturno de la esfera inefable.

Bebe la esfinge, bébela con la sed insaciable,
bebe las olas ácidas y la sal oceánica,
bebe los paraísos del amor en la adánica
inocencia, y el óleo de la tierra insondable.

Bebe en tu propia fuente. Exprime tu alegría,
apresa la manzana de espasmo y agonía,
hurta el racimo mágico que el loco vino vierte.

Y bebe al dios que afirma y al satán que blasfema,
bebe los infinitos de la sombra suprema,
y bébele el abismo al pavor de la muerte.



LA PAUSA DEL PUMA

Para Augusto Arias.

Puma de noche y sol, oro entre sombras vivas,
lento, flexible, elástico, bordeando la arboleda
hasta llegar al río y hollar la fina greda,
únicas de misterio sus miradas altivas.

Era al ocaso, entonces. Las luces sensitivas
le besaban la piel con un beso de seda,
y una brisa de aroma y de deleite, leda,
le atenuaba de amor las garras impulsivas.

Noche ya. Entra al bosque. Cae profundamente
a la tierra, y se duerme sobre el oscuro lecho
y bajo de los ébanos vibrantes del ramaje.

Sólo el silencio puede acariciar su frente.
Es enorme la pausa divina de su pecho
y el sueño que le abraza su corazón salvaje.

UNA NOCHE EN LOS ANDES

Para **Emilio Uzcátegui.**

Cae la luz del sol al lejano occidente.
Se recuesta en el Ande un oro delicado.
Pesa casi la sombra en el perfil dentado
de los montes, y a poco, la noche es inminente.

Y es ella en el Cayambe de diamantina frente,
ella en el Cotopaxi, de orgullo levantado,
y en el Altar enhiesto, misterioso y callado,
y sobre el Chimborazo, y el Pichincha potente.

No hay más que las estrellas y las cumbres nevadas,
y entre las albas cimas y los astros divinos,
la Madre Noche, inmensa sobre mis soledades.

Tiembla un temblor recóndito en las sombras sagradas.
Son dos eternidades que borran mis caminos,
y una mística muerte sobre mis tempestades.

LA SELVA DEL CUYABENO

Para **Alfredo Pérez Guerrero.**

En ti voy penetrando, selva de titanismos
trágicos, verde templo, columnas colosales,
cúpulas en impulso, sombrías y vitales,
y raíces hambrientas en los sordos abismos.

No cabes en la rígida virtud de los guarismos.
Tus tentáculos suben, erguidos y fatales.
Arden en la luz fálica tus ramajes sensuales,
y sorbes la energía de tus espasmos mismos.

Deliras el color en el lúbrico oleaje
de la techumbre, ardida de una ansiedad salvaje.
Pájaros como nervios te vibran y te cantan.

Fieras como relámpagos te crujen y te erizan.
Te agrietan las corrientes, las noches te agigantan,
y entre infinitas cópulas las savias te electrizan.

LA MONTAÑA DE FUEGO



Para César Dávila Andrade.

Una noche infinita se ciñe al Tunguragua,
en la cumbre la sombra y la estrella bruñida.
La nieve es una frente, el río es una herida,
y le sangra en las rocas el descenso del agua.

Aguardo. Ya es la aurora. Se empurpura su fragua.
Hasta el monte le salta la luz enardecedida.
Brumas dentro del valle, niebla al árbol asida.
De cielo es el Pastaza, y de oro, la piragua.

Una sangre de polen, mil arterias calientes
en el monte derraman. El hielo vibra. Quema
en los voraces ojos un incendio lascivo.

Sobre el túrgido seno arden ansias potentes.
Arquea la montaña su seducción suprema,
y el Sol muerde, en un beso, el pezón sensitivo.

EL RIO Y LA CIUDAD

Para **Clodoveo Alcívar Cevallos.**

Verde y azul, el Guayas, en tributo
de sus fecundidades tropicales,
bordea la ciudad con sus caudales,
aguas de selvas y de risco hirsuto.

Con pecho de cristal dona su fruto,
y deslizando espejos siderales,
duplica las estrellas inmortales
y el mediodía recto y absoluto.

¡Ved la diáfana luz de su trabajo!
Desde las cumbres recias, por su tajo
mueve sin fin la rueda viajadora.

Y en tanto lo contempla y lo agradece,
la ciudad, como el río amado crece,
sangre del tiempo, voluntad creadora!

EL SUEÑO DE LOS SOLES

Dorando nubes y dardeando montes
el dios arquero en el portal del día,
acústico, desata la armonía,
y enrojece los vagos horizontes.

Sangra sobre las cúspides bifrontes,
y en la selva recóndita y bravía
bate la noche, y clava su energía
en la brumosa paz de los trasmontes.

Los Andes arden ilusorias llamas,
los inclinados ríos precipitan
oro y pasión en la vital corriente.

El pez es fuego y luz en las escamas.
Ebrias las aves el rubí palpitan,
y el indio sueña soles en la frente.

A LA CIUDAD DE QUITO

Para **Galo René Pérez.**

Enamorada de los soles, Quito,
palomar de celestes campanadas,
torres del hombre al cielo levantadas
en el hondón que enfrente el infinito.

Calles en arco, trillos de granito,
dulces a Dios en horas sosegadas,
y en días de pasión, ensangrentadas
de voluntad y arrebatado grito.

Sentí tus noches al silencio asidas,
sentí el replegamiento de tus vidas
en avidez de abismo y de pureza.

Y vi en tus albas DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL vigilantes montes
sobre los desgarrados horizontes,
celándose el primor de tu belleza.

LA NOCHE EXTATICA

Para **Adalberto Ortiz.**

El ebúrneo menguante siega estrellas,
nevado filo entre los astros mudos,
y tras los montes altos y desnudos
vierte al bajar los lirios de sus huellas.

Orión pulsa venablos y centellas
contra el Toro celeste, y vuelan rudos
los ladridos del Can, agrios y agudos,
y las Pléyades gimen sus querellas.

Los volcanes, con ojos asombrados,
miran la comba de la noche eterna,
la mística armonía de su vuelo.

Los valles se levantan, extasiados,
y la pupila ideal de la cisterna
bebe hasta el fondo la emoción del cielo.

LA SOLITARIA ISLA DE LA PLATA

Para **Gilberto Gatto Sobral.**

Los multiformes labios de las ondas curvadas
cantan, bocas azules, ¡isla!, tus soledades.
El águila del viento te arquea tempestades,
rápidas de tragedia las alas agitadas.

Aves, como jardines florecen reposadas
en la nupcial arena de finas claridades,
y te besa el ocaso las verdes quedades,
la cintura gemífera y las conchas labradas.

No indagues tu destino de virgen casta y sola.
La sal muerde tu pecho y te ciñe en la ola.
Tierno, el musgo se encrespa al tacto de la brisa.

El sol quema su cópula en tus muslos de piedra,
te platea la luna con su sensible yedra,
y te bajan los astros su dorada sonrisa.

EL HIJO DEL SOL

Para **L. A. Falconí Villagómez.**

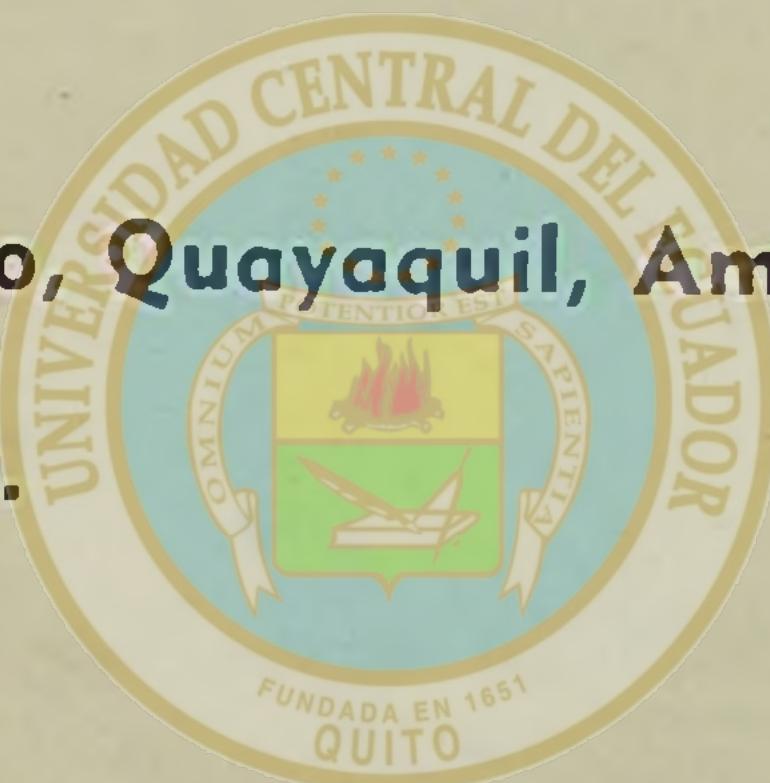
¡Oh Sol ecuatorial, vertical mediodía,
abres tu pecho inmenso y llueves tus saetas
sobre los ríos ágiles, sobre las cumbres quietas,
y en el vuelo del cóndor pregonas tu armonía!

Desde el Sur he venido a sentir la ufanía
de tu poder fecundo, de tus claves secretas,
a viajar con tu luz las temerarias metas,
a germinar mi trigo en tu llama bravía.

Quema esta piel de nieve en tu rayo divino,
dale el bronce del trópico al blando peregrino,
condúceme a tus templos, donde feraz expandes,

desde el oro sagrado, tus siembras silenciosas,
y haz de mí el hijo pánico, mientras ardo en tus rosas.
y subo las plegarias azules de los Andes!

En Quito, Quayaquil, Ambato y Cuenca.—Año
de 1953.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL